

MARÍA ROSAL: EL CORAZÓN Y LA PALABRA

por

ANTONIO CHICHARRO

Dejé escrito a propósito de su libro *Tregua* que María Rosal es una de las más singulares voces poéticas de mujer de nuestro tiempo. Si ese libro supuso la apertura de nuevos cauces expresivos en su poesía, el último publicado, *Otra vez Bartleby* (2003), que viene avalado por los premios “Cáceres, Patrimonio de la Humanidad” y el de la Crítica Andaluza, constituye la momentánea culminación de su nuevo modo de decir poético, un modo caracterizado por el empleo de versos largos y de versículos que se llenan de elementos lógicos y alógicos, diurnos y oníricos, con una rica diversificación de la modalización poética, un empleo de contundentes imágenes y de cadenas de comparaciones, entre otros rasgos.

Pero, además, si *Tregua* había supuesto un ajuste de cuentas con la vida, *Otra vez Bartleby* viene a suponer un verbal y paradójico ajuste de cuentas con la propia palabra poética en tanto que pueda significar no una conquista y un logro estético llamado a más vida, sino un alejamiento del vivir. De ahí el muy calculado título del libro que podemos interpretar con las claves que nos suministran la cita inicial – “Preferiría no hacerlo”, se lee en la cita tomada de *Bartleby el escribiente*, de H. Melville–, el título de la primera parte del libro –“Como tú, Bartleby”– y el primer poema en ella recogido, “Bartleby”. Desde un principio, el lector toma conciencia de una escisión y un desajuste. La poeta establece los términos del conflicto y adelanta su imposible resolución. Al igual que ese escribiente, que abomina de la escritura, el yo poético se opone a ella al tiempo que la misma ejerce una atracción irrefrenable y un dominio pleno.

El libro, dividido en tres partes, guarda una suerte de estructura circular por cuanto el último poema, “Otra vez, Sísifo” –téngase en cuenta el castigo perpetuo de empujar una piedra a que fue condenado este personaje mitológico–, remite de hecho al primero, sin que suponga efectivamente una ruptura del perpetuo círculo de la escritura: un significativo “Otra vez”, leemos al principio y al final. Esto nos lleva a considerar que el tema dominante en todo el libro no es otro que el de la poesía, una de las grandes

constantes en el dominio de la creación poética. Son numerosos los poemas y múltiples los motivos temáticos que remiten a ese asunto central, poemas que ofrecen una conciencia del discurso poético al tiempo que el resultado poético de esa conciencia. Por eso, no extraña la presencia de teselas filológicas en este gran mosaico especular en el que la poesía se dice a sí misma y en el que el sujeto poético abomina de ella con ella misma no haciendo uso desde luego del arma letal del silencio.

La poesía, en fin, viene a ser una forma de vida –de vida histórica, se entiende–, lo que explica el título de uno de los poemas: “Escribo ergo sum”. Ahora bien, escribir para ser y vivir al dictado de la poesía, como dice la poeta, conlleva internarse estéticamente en un universo de signos. Por eso, la poeta vive la creación en este libro con conciencia de escisión y alejamiento de lo que llamamos vida en los rostros de su materialidad física y muy especialmente en la del cuerpo, escisión que se hace insondable cuando a la realidad de la vida y de sus signos se añade la del deseo. Si, como dice en un verso, la verdad se reparte en corazón y coraza, la verdad a que apunta su libro se reparte en realidad entre el corazón y la palabra.

Estamos ante un libro de madurez, hermosamente unitario, cuyo asunto y preocupación centrales son resultado de quien viene haciendo del acto de escritura un acto de verdad, corazón y palabra.

Publicado en *Ideal. Artes y Letras (Suplemento de Cultura)*, Granada, 27 de mayo de 2004, p. 5. Reimpreso en *En la plaza (De libros, poemas y novelas)*, Salobreña, Alhulia, 2007, pp. 28-30, col. Mirto Academia.

